

NO HAY TIEMPO QUE PERDER

Por las paredes blancas se desliza,
con desgana, un reloj gelatinoso,
cabalgando en la grupa del caballo
de los enormes ojos apagados,
cuyas crines inmóviles parecen
estimular el ímpetu del viento.

Es duro constatar que tus deseos,
frágiles caprichos de juventud,
fueron súbitamente satisfechos.
El mundo se arrodillaba a tus pies.

“Para ganar había que vencer”.
No importaba por qué, tampoco a quién,
ni cómo, ni siquiera para qué.
Esta fue la consigna de los tiempos
del aquí vale todo, tú después,
del talón escolar, el darwinismo
social y el espectáculo soez.

La hipoteca, tu piso, tu contrato,
el enriquecimiento repentino
de algún edil espúreo y sin ley,
los guiños de los grandes almacenes,
la tarjeta se agota a fin de mes,
y en tus huesos el frío del invierno
cuando te toca el turno de las seis.

Ahora que te sientes uno más,
que de un trago la vida no te bebes
y del limón aceptas su acidez,
ahora que en la noche te desvelas
y el colesterol sube de nivel,

ahora que, cargado de equipaje,
atraviesas el puente, compungido,
como ocurre en el óleo de Munch
con estruendo tu grito seco estalla
y tiemblan las entrañas de la Tierra,
rompiendo los pilares de tu fe.

Nadie te oye, no hay tiempo que perder.

Jesús Claver Giménez